

Sería imposible seguir el camino del teatro actual, bien concebido y visualizado, para ser concretado en una realización específica, sin el conocimiento de las teorías de Luisa Josefina Hernández.

Afortunadamente, sus conocimientos han trascendido —no sólo en México, sino también en las grandes capitales del teatro— por los prólogos a las obras de los clásicos griegos y de los más notables autores contemporáneos, así como por sus artículos, conferencias y por su fascinante exégesis en el aula.

Desde que estudió en nuestra Facultad dio destellos de genialidad. Alumna predilecta de Usigli, Wagner, Ruelas, Jiménez Rueda y tantos otros, la leyenda dice, que en su examen profesional demostró que tenía más conocimientos que los profesores que conformaban su jurado.

En el año 1950 publica su primera obra. Prosigue por la magnánima senda de la enseñanza, notable maestra. Confiesa que a Carballido le debe “completamente haber empezado a escribir teatro, él me empujaba y hasta me perseguía para que lo hiciera”. Ha recibido infinidad de reconocimientos, entre otros, profesora emérita de la Facultad, aunque no la comprensión de que es merecedora, como una de las más brillantes intelectuales mexicanas.

Gilberto Hernández Corzo

Marta C. Cervantes Ramírez

A Gilberto Hernández Corzo (1908-1991) se le recuerda como un personaje de gran carisma y fuerte magnetismo hacia sus colegas y alumnos, cualidades que hacían de él un gran maestro, siempre dispuesto a compartir todos sus conocimientos y experiencias con sus discípulos e interlocutores.

Nació en Chiapa de Corzo, Chiapas el 3 de abril de 1908. Fue profesor normalista, con estudios en antropología física y maestría en Geografía, grado que obtuvo el 9 de diciembre de 1953.

Realizó labores de investigación en diversos institutos de la UNAM: Instituto de Geología (1954-1957); Instituto de Geofísica (1958-1965), del cual fue fundador. Jubilado el 1 de junio de 1966, se incorporó con posterioridad al Instituto de Geografía, donde laboró desde 1973 hasta sus últimos días. Sin embargo, su labor trascendental se desarrolló en el ámbito docente tanto extra como intrauniversitario, centrándose en el Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras, de cuyo cuerpo docente formó parte desde 1949.

Como comenta la doctora María Teresa Gutiérrez de MacGregor, su compañera de estudios, “Representaba un verdadero placer encontrarlo en los pasillos de la Facultad y percibir su aliento vital, su jovialidad y optimismo contagiosos”. A partir de pláticas informales proporcionaba abundante información, convirtiendo sus “charlas de café” en verdaderas disertaciones geográficas.

En marzo de 1949 se incorporó al Colegio de Geografía, donde impartió las cátedras de Estadística y demografía, Topografía con prácticas, Geología y Geomorfología.

Ha sido considerado como pionero de la enseñanza de la geomorfología en México, a instancias del ingeniero Robles Ramos, quien puso en sus manos uno de los primeros libros especializados en esta joven disciplina, la *Geomorfología* de Von Engel. Hernández Corzo la imparte como asignatura dentro del currículo geográfico a partir de 1966. Ya jubilado, imparte nuevas cátedras tales como Geomorfología de México y Geomorfología aplicada y prácticas (1969-1971). A partir de 1971 se incorpora como profesor de Geomorfología en el Posgrado y permanece hasta su fin como asesor de prácticas de campo en el Colegio de Geografía.

Gran conocedor del trabajo de campo, para él las prácticas con alumnos de licenciatura y posgrado representan un verdadero placer, tal vez un escape de la soledad en que vivió durante sus últimos años. Según el doctor José Luis Palacio, uno de sus discípulos más queridos, en ciertas ocasiones terminaron mojados hasta los calcetines, enlodados hasta las orejas, e incluso durmiendo sobre las bancas de la iglesia de Metztlán.

Sus alumnos se asombraban ante su extraordinaria facilidad para leer e interpretar los paisajes. Asimismo los impulsaba a resaltar la importancia de comprender que, aunque el objetivo central de la práctica era el estudio del relieve, no podían dejar de tomarse en cuenta las características de los suelos, la vegetación y el impacto humano.

Su vasta cultura le permitía iniciar sus explicaciones con la forma de la montaña y terminarla frecuentemente con los nombres latinos de las nubes.

Gilberto Hernández Corzo fue un maestro de corazón, cuyas ideas, conocimientos y sentimientos se fueron acumulando en numerosas generaciones de geógrafos que tuvieron la fortuna de recibir sus enseñanzas.

Su fallecimiento, ocurrido el 11 de noviembre de 1991, privó a la comunidad del Colegio de Geografía no sólo de un gran maestro, sino de un entrañable amigo.